



Dr. Nicolás Toscano

Professor, Coordinator of the Undergraduate Spanish Program at St. John's University. Ph.D., University of Massachusetts. He is a Member of the North American Academy of the Spanish Language and Corresponding Member of the Spanish Royal Academy of the Spanish Language. His area of expertise: Medieval and Golden Age Literature, Spain in North America: Early Writings and transcription of medieval manuscripts. The Editor of the publication *Anuario Medieval*, a scholarly journal, he is an authority on paleography.

### Resumen:

“Pedro Fernández de Pulgar fue el último de los trece cronistas oficiales de Indias antes de que esta función pasara al Consejo de Indias. Su obra está en gran parte inédita. El manuscrito 2.999 de la Biblioteca Nacional de Madrid recoge la Historia general de la Florida, de la que procede este fragmento. Contiene éste la descripción de la vida del padre Martínez, primer jesuita que la perdió de varios que fueron a predicar y establecer misiones en la Florida y Georgia por disposición de San Francisco de Borja. Los acontecimientos datan de 1567 así como la narración, posteriormente compilada por nuestro cronista en 1693 aproximadamente. Su valor lingüístico, literario e histórico son notorios y constituyen parte de esa literatura menos estudiada, que precede a la inglesa, en lo que hoy es Norteamérica.”

## LA MUERTE DE PEDRO MARTÍNEZ

Estas páginas del canónigo de la catedral de Palencia, Pedro Fernández de Pulgar, refieren la muerte del padre Pedro Martínez, primer jesuita muerto en la Florida, el año de 1566, en su afán evangelizador. Son parte del manuscrito *Historia de la Florida*, que ha de ser publicado en breve por la Junta de Castilla León, en edición del autor de esta transcripción.

### Capítulo 6º

De la misión de los padres de la Compañía a la Florida, que procuró Pedro Meléndez. El martirio de el padre Pedro Martínez y su vida.

Resplandecía la Compañía de Jesús como un clarísimo sol en el oriente, ilustrando con la luz evangélica los dilatados reinos de la India, y el rey Philipppo 2º desseó que llegasse su resplandor a lo último de el occidente, no para que se pusiesse en él sino para que amaneziesse en toda la redondez de la tierra, pues por sus luzes se comunicaban las de el verdadero sol de justizia, y para que fuessen alumbradas con el resplandor de la grazia las regiones occidentales de la América. Para conseguir ésto escribió una carta a San Francisco de Borja, general entonzes de la Compañía de Jesús, que entre otras dezía estas palabras: “Por la buena relación que tenemos de las personas

de la Compañía y de el mucho fructo que han hecho y hay en estos reinos, he deseado que se de orden cómo algunos de ella se embíen a nuestras Indias de el mar occéano y porque cada día caeze en ellas más la nezesidad de personas semejantes y Nuestro Señor sería muy seruido de que los dichos padres vayan a aquellas partes, por la cristiandad y bondad que tienen, y por ser gente a propósito para la conversión de aquellos naturales, y por la devozión que tengo a la dicha Compañía, desseo que vayan a aquella tierra algunos de ellos. Por ende, yo vos ruego y encargo que nombreis y mandeis ir a las dichas nuestras Indias veynte y quatro personas de la Compañía a donde les fueren señalado por los de el nuestro consejo, que sean personas doctas, de buena vida y exemplo y quales juzgáredes convenir para semejante empresa, que además de el seruizio que en ello a Nuestro Señor hazéis yo rezibiré gran contento y les mandaré proveer de todo lo nezessario, y de más de esto aquella tierra donde fueren rezibirá gran contentamiento y beneficio en su llegada también. El adelantado Pedro Meléndez, que era gobernador, en execuzión de lo que el Rey mandaba, señaló san Francisco de Borja algunos padres escogidos para esta missión, y los primeros fueron los padres maestro Pedro Martínez, que era aragonés de una aldea de Teruel, y Juan Rogel, y el hermano Francisco Villa(r)real, los quales aquel mismo año passaron a los 28 de julio en una vrca flamenca con la flota que iba a Nueva España para tomar después rumbo a la Florida en el puerto llamado San Agustín, donde aguardaba el adelantado Pedro Meléndez. Estaba Pedro Meléndez de jornada para La Habana, y antes escribió que en llegando los padres misioneros (en) a la Habana partiessen para la Florida. Hiziéronlo assí. Siguieron su derrota y el piloto de la vrca flamenca, poco práctico en aquellos mares, se perdió. Y andubieron por aquella costa en demanda de el puerto, sin poder dar con él, por espazio de 30 días. Con este suzesos se determinó el padre Pedro Martínez a salir a tierra de la Florida, a donde llegaron a 24 de setiembre de 1566 para tomar lengua de los naturales y notizias de dónde estaba el adelantado.

Fue Nuestro Señor servido de rezibir como primizias de la Compañía al primero de ella que en aquel nuevo mundo puso los pies para dar notizia de el evangelio, aunque no lo logró, porque los bárbaros le sacaron de el esquiife con violencia a tierra y con las mazas le quebraron la cabeza y a otros dos de los flamencos que le acompañaba[n].

No llegó a ver al adelantado, ni pudiera, porque ya había salido [de] La Habana.

### *La vida del padre Pedro Martínez*

Y ya que hemos dicho la dichosa muerte de el padre Pedro Martínez, nació en Celda, jurisdicción de Teruel; fue a Valencia a estudiar artes y teología, com[er]o pero su ejercicio y más eran en la valentía y ejercicio de las armas que en revolver a Aristóteles y a santo Tomás, no había pendencia en que no se hallase. Era poco devoto de los padres de la Compañía y hacía mofa y irrisión de ellos. Un día fue al colegio con algunos amigos a observar alguna cosa para este fin y dijo —uno de nosotros ha de quedar teatino—, hablando por donaire. Cada uno dijo —¡no yo!— a lo menos. Sentóse en la portería, preguntóle el portero si mandaba algo. Respondió que estar sentado allí un rato. Vió en los padres tanta modestia y compostura que comenzó a querer dejar el mundo y imitarla, y se resolvió a pedir la Compañía y luego pidió al superior que le recibiese en ella sin dilatarle su intento.

El padre le dijo que le rezibiría con mucho gusto pero que lo pensase despacio por ocho días. Salió de allí Pedro Martínez y todo lo hechó en olvido. En este tiempo salió a un desafío, y estuvo en el puesto señalado aguardando hora y media, y no vinieron los desafiados, y al fin de los ocho días se acordó de lo que había pasado en el colegio. Fue a él, más por cumplir su palabra que por motivo de virtud. Recibió sede en el colegio y Dios le assistió de modo que comenzó a darse a la penitencia y mortificación, tanto, que era necesario moderársela. Ceñido de silicios, estaba muchas horas en la cuenta desquitando el mal empleo que con sus fuerzas había tenido en el mundo. Tomaba disciplinas por largo espacio y se le mandó que no pasase de media hora. Viendo esta mudanza de vida causó tan grande admiración y edificación que venían a verle por cosa maravillosa, especialmente los estudiantes, y algunos con su ejemplo se movieron a entrar en religión. Enviáronle a Gandía y allí fue ministro y leyó gramática. Assistía a los moribundos con gran fervor y elocuencia. Fue [a] la Villa de Oliva, a dónde estaba el duque, a impedir una corrida de toros y el rey condescendió a su ruego.

Pasaba a África un grande ejército de españoles el año de 1558 y el general pidió a san Francisco de Borja y algunos padres de la Compañía para que ayudasen en las cosas espirituales a la gente de guerra, y esta petición no era tanto por gran [...ia] de llevarlos como por tener mejor despacho a en la corte. El Santo padre se los concedió y envió a los padres Pedro Martínez y Pedro Domenec. Llegaron a Cartagena, donde se contaba el ejército y se tomaba embarcación para Orán, presentáronse a el general que los había pedido. Dijeron que el padre Francisco de Borja los enviaba, que viesse su señoría en qué habían de ocuparse y servir. El les envió a decir con un paje, sin verlos ni hablarlos, que fuesen al coronel del ejército, que él los acomodaría.

El coronel, que no debía de poder más, les echó, ellos y al hermano Juan Gutiérrez que les acompañaba, en un nave donde estaban muy apretados 800 soldados, tan pobres y necesitados que ni para sí ni para los padres tenían otro sustento que un bizcocho podrido, y la agua tan dañada que no la podían llegar a las narices. De esta manera estuvieron muchos días en el mar.

Llegaron y el general yendo con su ejército a poner cerco sobre Mostagán envió a decir a los padres que no tenía cómo llevarles, que se quedasen a curar los enfermos de el hospital. Assí lo hicieron, tomando a su cargo la cura de las almas y de los cuerpos, y aunque juzgaron por entonces que era falta de voluntad de el general, presto reconocieron que era favor de el cielo y providencia para castigar aquel ejército y librarlos a ellos de su ira, porque al tiempo que el campo cristiano estaba batiendo con la artillería los muros de Mostagán, los salteó el rey de Argel, con un campo de muchos turcos, y gran multitud de alárabes, y cogieron a nuestros soldados casi muertos de hambre, porque la provisión que habían sacado para cuatro días había servido para 14 y los bergantines y vrcas que llevaban las vituallas o los tomaron las fustas de el turco o no pudieron salir del puerto y no pudieron resistir, y assí de 12.000 que eran en el ejército los 6.000 fueron pasados a cuchillo con el general y los otros 6.000 se llevaron cautivos sin escapar hombre de todo el cristiano.

Los padres de la Compañía se volvieron a España a donde les habían dicho muchas misas porque juzgaron que habían muerto en este conflicto. El padre Pedro Martínez fue a vivir a la casa profesa de Toledo, dond[e] estuvo algún tiempo. Salió a Escalona a predicar una Cuaresma y tenía muy de mañana su oración despacio. Confesaba hasta mediodía, decía misa, y se iba a comer. A la tarde enseñaba a la doctrina cristiana. Poníase a confesar hasta el anochecer y luego predicaba con mucho fervor, y después hacía colación como si no hubiera tenido la fatiga de el sermón. Rezaba maitines, tomaba disciplina de media hora, y aunque el compañero le advertía que era exceso teniendo tanto trabajo, a él le parecía poco, no obstante que se mortificaba con otros rigores. No admitió regalo alguno, aunque fuese importunado, ni salió a comer fuera de su posada. No había otra persona a quien no confesase ni enemistad que no compusiese. Todos lo tenían por Sancto y por varón apostólico y assí bien viniendo un júbiléo le enviaron a pedir para hacer las diligencias para ganarlo. Estuvo allí quince días con el mismo género de vida y ejercicios que se han dicho, que para él eran descanso y alivio

De Toledo fue al colegio de Cuenca y predicó otra Cuaresma, que fue la última de España, con mayor asistencia y fervor que en las otras.

El descanso que hubo de estos trabajos fue en el colegio de Alcalá a donde pidió le dejasen ser cocinero, con grande edificación, tres o cuatro meses. Al cabo ellos el premio de su humildad le sacó Dios a la corona de el martirio, que fue, como hemos dicho, en la Florida.

Eso ya profetizó este martirio el padre Pedro Martínez, y con el deseo y satisfacción que tenía de él, y complaciéndose de la misericordia que Dios le quería hacer, viéndose con el padre Lobo, insigne predicador de la orden de San Francisco, y por su mucha religión y apostólica predicación bien conocido en España y Italia, abrazándose los dos, a la despedida, tierna y fervorosamente, dijo el padre Pedro Martínez: “¡oh, padre Lobo! ¡ansias llevo de verter mi sangre y bañar aquellas tierras de la Florida a manos de bárbaros en defensa y promulgación de la fée! Esto refirió el padre Lobo a un religioso de la Compañía, y añadió que iba, como otro martir san Ignacio, deseoso de verse en las bocas de los leones, despedazado por Jesucristo.

Escnbieron de este siervo de Dios el padre Pedro de Ribadeneyra, Andrés Escoto, Philippe de Alegambe, Fray Femando Camargo y el padre Juan Eusebio Nierember, tomo 4 de Los varones ilustres de la Compañía desde la página 604.

Y ya que su sepulcro fue en el mar sírvale de inscripción a la tierra donde derramó su sangre este epigrama del padre Gerardo Montano en sus centuria no 11

Haec modo, quae tribulas, et agrestibus floridarun  
Gramina, cum spinis, sola ferebat humus  
Cede virum respecta, rosas, et lilia fundens  
Florida iam domum, nomini omen habet.  
Martyriis sacros sanctos et cernere flores.  
Ista suos fructus moxquogy terra feret

Refiérese este suzeso de el martirio de la Florida según Alegambe. Aunque para gloria de el padre Pedro Martínez bastaba lo dicho, no obstante, tiene algunas cosas espeziales el padre Philippe de Alegambe que no he querido omitir. El ánimo, —dice— con que partió de el puerto de Sanlúcar el padre Pedro Martínez lo manifiesta la carta que escribió a san Francisco de Borja por otra carta que dice: Di ya grazias a vuestra paternidad de el benefizio que me ha hecho la bondad de Dios por tu medio, y espero de su clemenzia que ha de ser para servizyo y gloria suya, de quien es proprio hacer obras grandes por ministerio de peccadores y hombres humildes, para que sea más alabado su nombre y se conozca su poder.

Yo (que es gran misericordia de Dios), torno el camino con grande ánimo, fiado mucho de su grazia, ofrezendo mi vida y mi sangre, muchas veces, para su obsequio en esta expedición, y con el favor de Dios, esté zierto, padre, que pondré quantas fuerzas tubiere para que aquellas provinziás vengán en conozimiento de su criador y Redemptor, y que no perezcan almas redimidas con tan preziosa sangre, y que con el mismo cuidado hemos de procurar que la Compañía de Jesús, que fió de mí tan gran bien, nada pierda de aquel egregio nombre que muchos padres adquirieron con tantos y tan grandes trabajos, antes bien se dilate y crezca a mayor gloria de Dios. Lo que yo quisiera es que viniera otra cabeza y superior a quien yo estubiese sujeto, aunque aquí también me consuela el orden de la providenzia diuina, por lo qual, muy confiado de la virtud de la sancta obediencia, me preparo para el invierno, espezialmente aviendo conseguido tan exzelentes y buenos compañeros, al padre Juan Rogerio, professo de tres votos, sazerdote de mucha charidad y humildad, de firme virtud, y conozida en todo género, y a Francisco de Villa Real, coadjutor de la vida doméstica, según mi corazón y según pica el de Dios, porque es de raro exemplo y verdaderamente de el modo que lo pedía tan gran materia. Ellos y yo vamos muy contentos, y quisiéramos estar ya en nuestra Provinzia para trabajar en la causa de quien por nuestra causa trabajó, asta sudar sangre, y padezer muerte cruelíssima, verdaderamente, porque es de tanto momento introducir las primeras semillas de la fee en región tan dilatada desseábamos besar los pies Sanctísimos y rezibir la bendición de el Beatísimo padre Pío 5. Pero porque no pudo ser, nos consolaron mucho las cartas por las quales conozimos que aunque ausentes lo rezibía bien y nos comunicaba singulares benefzios. Pero vuestra Santa paternidad podrá en nuestro nombre assegurarle que además de el voto propio con que estoy obligado, partimos estos fidelísimos hijos de la Sancta Iglesia Romana a buscarle nuevo rebaño, y que por ella derramarán con la divina gracia su sangre y pondrán la vida porque se dilate más, y que esto lo tienen por gran beneficio de Dios. Vuestra paternidad nos encomiende a su majestad, que estamos ya tan a partir para quien todas partes nos acordemos, que somos sus hijos, y la Compañía, a quien debemos mucho. Una cosa me atormenta vehementemente el corazón, confesando ingenuamente la verdad, y es lo poco que he aprovechado en 13 ó 14 años que me ha educado la Compañía con tanto cuidado y con leche tan eximia, doctrina y ejemplos de tan insignes y tan píos héroes, reglas, y con instituciones tan perfectas y sabias, con tanto uso de mortificación y oración,

con tantas conferencias, exhortaciones pías, y finalmente con el gobierno de tan prudentes y solícitos presidentes, que aunque fuere de pedernal y debiera haberme ablandado en el espacio de tantos años, y así mi corazón se aflige de que paso a donde estaré casi destituido de todos estos socorros

Por lo cual, fuera necesario ahora poner diligencia para adquirir socorro para aquel lugar, a donde será de uso y habrá amplísimo campo de padecer, o desta jomada que hacemos de España en él fuera concedido a hablar con todos los padres y hermanos de la Compañía, para que, con aquél fervor con que yo me conmuevo, excitara a los que corren y les amonestara a que usen de el tiempo presente y de los abundantísimos minerales y de los tesoros de cosas preciosas en que versan, y reciban con cuidado los frutos y los aparten y guarden para los tiempos semejantes a los en que me allo. Pero porque esto le es negado valga este sentir en el ánimo para que suplique a vuestra paternidad y a toda la Compañía para que me encomiende a Dios y a todos mis compañeros que exerzitemos el ministerio que se nos ha encomendado, con gloria de Dios nuestro Señor y aumento de los prójimos.

Luego que llegó a la Florida, adonde le destinaban, separados de la armada que iba rectamente a la Nueva España, torcieron el camino al septentrion. Ya eran las ocho de las calendas de el medio y distaban casi diez leguas del oriente, pero como el piloto apenas conocía el semblante de los lugares se hallaron dudosos en tomar resolución. El consexo pronto era enviar algunos en un esquife y llegándose a las playas explorar sin tal región. Pero porque latamente la habitaban bárbaros indómitos y crueles, que este consejo estaba lleno de peligros y así nadie aplacaría el ánimo en particular porque cada cual se prefiere a las obligaciones, como dije, así como asegurarse con los suzesos ajenos. El piloto mandaba que fuesen algunos flamencos pero afirmaron con constancia que no irían si no les acompañaba el padre Pedro Martínez, porque esperaban en él, por su virtud, defensa contra la ferocidad de los bárbaros o por empeñar al piloto la fidelidad si en el ínterin viesse algún inesperado suzeso.

El padre Pedro Martínez, luego que oyó la petición de los flamencos, sin temer peligro alguno, por la causa común, y deseando cuanto ántes poner los pies evangélicos en las tierras poseídas por el demonio, pasó primero al esquife y luego les siguieron 9 flamencos y algunos españoles, pero pocos. Apenas habían tocado tierra cuando una tempestad, que se levantó de repente, le quitó de la vista la nave de donde habían salido, y habiendo navegado valga tomó puerto de la isla de Cuba.

Entretanto el padre Martínez y sus compañeros, saliendo a la playa del continente, no hallaron vestigio alguno de españoles, sino todo desierto. Y viendo de una parte el horrendo y amenazador océano, y de otra ignotas y vastas soledades, estuvieron esperando en un mismo lugar diez días y casi ayunos, por si acaso por alguna parte se descubriera la nave.

Y añadió un mancebo español llamado Florino, que le oyó exhortar a los españoles en su lengua, y a los flamencos en la suya. como si desde niño la viera aprendido. Después de tan larga detención, viendo que de el mar por ninguna parte avía esperanza, porque ningún mortal aparecía en la costa marítima y que no se atrebian a pasar a lo interior por miedo de los bárbaros y por ignorar los caminos, y sobre todo porque les avía de acabar la hambre, echaron en un río que estaba cerca el esquife y subieron por él casi 150 pasos. En este camino no vieron sino tierras desiertas. Cayeron al mar y determinaron cojer la costa por si podían allar algún puerto. Passaron veinte leguas y encontraron con un río. y navegando contra el corriente la navicilla se paró en un vado, y para sacarla saltó en la agua el primero de todos el padre Martínez, puso todas sus fuerzas, y ayudándole dos españoles en son las sacaron a lo más profundo del río. Pasaron allí la noche y luego que amaneció el día salieron a la ribera a explorar la región. Quedaron algunos en el esquife, aunque pocos. Los demás entraron en la tierra. Precedía el padre Martínez que llebaba el crucifijo en la punta de una lanza. Seguíanle los demás pidiendo el patrozinio de los sanctos y diziendo las letanias.

Allaron entre muchos pinos algunos tugurios. Sólo vieron un hombre que al instante se escondió en las selvas zercanas. La nezesidad obligó a los peregrinos entrar en los tugurios y a escudriñar si avía alguna cosa para sustentar los cuerpos, que con la hambre estaban ya próximos a la muerte. Allaron en uno un pez grande. Tomaron la mitad, y amonestó el padre Martínez que si tenían alguna cosa la dejassen por el prezio. Florio dejó una casaca y algunas cosas de vidro. Desde allí, aviéndose alargado algo, volvieron al esquife cantando, como avían venido, para comunicar el suzeso a sus compañeros. Assí se pasó ese día.

El siguiente aparezieron cinco naturales a la ribera de el río, y haciendo señas con las manos llamaban a ella, parece porque aviendo allado la casaca y los vidros es verisímil que les tubieron por varones buenos pues no quisieron tomar lo ajeno sin dejarlos el precio, y assí, juzgando que estaban oprimidos con la nezesidad vinieron a verlos y ayudarlos. Y assí el padre Pedro Martínez les pidió de comer llegando la mano a la voca, porque la ignorancia de la lengua alló artificio con que declararse.



Ellos, con toda zeleridad volvieron a los tugurios. Sospechaban otros que iban a tomar saetas, pero el padre Martínez decía que no, y assí fue como lo predijo pues volvieron cargados de buena agua y con el pez cozido y otras cosas, significando muy offiziosamente que no eran gente enemiga, y el padre Martínez, que no tenía otra cosa que el libro que traya consigo, quitó los pergaminos, y con unas tijeras hizo algunas figurillas y se las dió para memoria de amistad, y ellos, como assidos de toda alegría y curiosos como si fueran niños manifestaban que las estimaban mucho. Florio se quitó el jubón. Otro español se quitó los calzones y se los dieron, y con alguna mayor seguridad se volvieron al mar juzgando que no lejos avía españoles, pues avían allado pueblos amigos.

Passaron adelante arrimándose a las playas para explorar las tierras. Desde aquel lugar a cada río, que ocurrían muchos, allaron pueblos habitados, y les recibían benignamente, con que se recreaban, y finalmente, por un anziano que parecía de más de zien años, con el cabello asta la rodilla, llegaron a entender por señas que en passando tres pueblos, que los distinguían otros tantos ríos allarían gobernador español.

Alegres pués tomaron su camino, passaron uno y otro pueblo, y junto a una isla de moderado ámbito llamada Tucutucura dieron en quatro manzebos que estaban pescando. Algunos fueron de dictamen de llegarse más zerca a ellos con el esquife, pero no fue de esse dictamen el padre Martínez. Los mancebos, sin detenzión, ofrezieron gran cantidad de pezes, pero uno se fue con azelerado paso. Entraron con esto en alguna sospecha. Algunos de los flamencos avían salido a la ribera. El esquife avía parado en poca agua y en él había quedado el padre Pedro Martínez. No ubo detenzión. Vienen más de quarenta tucaturanos, entran doze en el esquife, los demás quedaron en la playa. Dijo Florio: no me contentan estos rostros y ese semblante no es de amigos, Padre, apartémonos de la tierra. El padre mandó que se llamassen los flamencos. Entretanto que estos acudían al esquife algunos de los bárbaros, de repente, cojieron por las espaldas al padre Martínez y a dos flamencos y se arrojaron con ellos al río, y como eran de muchas fuerzas y los nuestros estaban desanimados con las miserias, assí, dolosamente cojidos los llebaron a la playa. Otro acometió a Florio y le echó las manos a la garganta, pero él, luchando y mordiendo al bárbaro una mano, se desembarzó de él. El padre Martínez, mirando todos desde el esquife el martirio y crueldad digna de commiserazión, después que fue traydo a tierra, poniéndose de rodillas, como pudo, levantó las manos al zielo y esperó, habiéndole quebrantado la cabeza con una porra.

Del mismo modo fueron muertos dos flamencos y despojados. El día en que suzedió esto no está averiguado, pero el año fue el de 1566. Los demás quedaron en el esquife y caminaron apriesa y con dificultad se escaparon de las saetas de los enemigos. El día siguiente vieron de lejos un navío y entendieron que avía llegado su hora, pero poco después conozieron que eran soldados de Pedro Meléndez, y el temor se convirtió en gozo. Pero finalmente, entonzes, aunque salieron de cuidado, se exercitó el affecto y corniserazió de el padre Pedro Martínez, que dejaban muerto cinco leguas de allí, y no podían allar fin de alabar su eximia virtud, y cómo salía con ellos a cojer las yerbas, cómo las cozía de noche en la playa, y cómo él, uno, consolaba y sustentaba a todos.

Pero quando llegó la notizia a Pedro Meléndez en La Habana, que se la dieron los compañeros fue el que más la lloró. Dizía que era indigno de tanto bien y que sus pecados avían sido causa que Dios le vbiesse quitado tal varón, en quien tenía puesta su esperanza y confianza más que en toda la fuerza de su ejército, y verdaderamente era el padre Martínez fírrne de fuerzas, de gran memoria, de mucha y varia doctrina, de prudenzia egregia para el gobierno religioso; pero más eran las virtudes con que el sagrado religioso se avía perfizionado, abundando de verdaderos y sólidos ornamentos. El Menologio de la Compañía le assigna a 26 de febrero.